

que le seguian llorando, diciendoles: Hijas de Jerusalem no lloréis sobre mi, llorad sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque vendrà dia en que se tendrán por dichosas las que no parieron, y desearán que los Montes caigan sobre ellas, porque si: *In ligno viridi hæc faciunt, in arido quid fiet?* Entendí, que estas Mugeres lloraban las penas de Jesu Christo con compasión natural, y sin conocimiento del que padecia, y de la causa, y no pudo sufrir el Divino Maestro, que padecieran aquella ignorancia á vista de la Sabiduría Eterna. Enseñólas para que le siguieran con perfeccion, abriendo sus ojos para que conocieran, que el que así padecia, no era por sus pecados, que era Inocentísimo, sino por los suyos de ellas, y de sus hijos. El decirles vendrà tiempo en que se tengan por dichosas las estériles, fuè declararles el dia del Juicio, en que se verán los espantosos castigos, que dà Dios á los que no se aprovecharon de su primera venida, y los diò á entender en decirles: Yà veis lo que estoy padeciendo, pues si esto se hace con el impecable por naturaleza, que pensais se hará con el pecador? Quando miramos, y meditamos la Passion, y Muerte tan dolorosa de nuestro Redemptor, no se nos avian de olvidar estas palabras de su Magestad: *Si esto se hace en el leño verde, que se hará con el seco?* Que se hará conmigo si peço despues de tantos beneficios, si no me duelo de mi culpa? Gran medida fuera esta de mucho provecho.

Dios nos conceda sabernos aprovechar de todo á su mayor honra, y gloria.



CAPITULO XI.

Medidas por los ultimos Passos de la Passion.

Legado he Dueño hermoso, amado de mi alma, á el Monte alto de la mirrha para donde convidas á el alma Santa, á el Monte Calvario, en donde tanto padeciste. O Señor mio, crucificame contigo, dexame tener parte en tus dolores, y que quede fixa en tu Cruz, Dueño mio, que me diste á entender, que esta ultima vez que te desnudaron para crucificarte, te fuè dolorosísima, llevando, y arrebatando con la tunica parte de tu Santísima Carne, por lo mucho que sientes que las almas que están hermo-seadas con la vestidura de tu gracia, se desnuden de ella despreciandote, y que la mirrha, y hiel, que te dieron á beber, significan los que no te quieren acompañar en tu Crucifixion, que tu saliste de la Ciudad á el campo, y monte, para enseñarnos, que en soledad, y en lo alto de la oracion, y contemplacion te han de hallar, porque se niegan tantos Christianos á tener oracion, que si en ella entratan, para sí, y para otros aprovecharan. Tienen verguenza de tener oracion, y piensan se queda para gente Religiosa, y Beatas, y no miran que es para buscarte, Señor, y que á todos conviene buscarte para hallarte. Así desnudo, cubierto de Sangre, y Llagas, te tienden, bien mio, para tomar medida de tu Cuerpo para los barrenos de la Cruz. O dolor! O Señor, mansísimo Cordero, que quitando, y trasquilando la bendita lana de tu Carne Sagrada, callas, y enmudeces, y ahora para matarte tan manso, y paciente, te estienes en la Cruz por mandartelo los

verdugos; pero tomaron desiguales las medidas, alargan los bartenos por dilatar mas tus tormentos. Pero tú, Señor, nos diste à entender, que alargaste tus brazos, y manos para favorecernos mas allà de lo que naturalmente pudiste padecer, y que si no fueras confortado de la Divinidad, no hubieras llegado à el Monte Calvario. Todas las medidas de tus tormentos fueron desiguales, mi Señor, y mi bien, pues la noche de tu prision te atormentaron tanto, que hubieras muerto entre las manos de tus atormentadores, si no hubieras sido confortado para hacer mas copiosa nuestra Redempcion: en el rigoroso martyrio de los azotes, tres veces llegaste à el transito de la muerte: el tormento de la Corona era muy bastante para perder en èl la vida: y en el camino de la calle de la amargura, tambien hubieras muerto. No es esta la vez primera que se executa contigo la crueldad Judaica. La medida que me diò mi Señor es, que en las obras que hicieremos, no las hemos de medir por nosotros, sino poner toda nuestra mira, y confianza en Dios, y que las juntemos con las que hizo Christo nuestro Señor, y así no saldràn cortas como de criatura, sino grandes, y agradables à su Divina Magestad. En los clavos con que inhumanamente clavaron à nuestro Manso, y Divino Cordero, nos hemos de clavar nosotros. Con la Mano derecha del Señor hemos de clavar nuestra voluntad, teniendola fixa en su Voluntad Santissima; con la izquierda hemos de clavar la voluntad inferior, para que del todo estè sujeta à la razon, y no la dexemos salir con cosa que ella quiera; en los Pies Santissimos hemos de clavar los afectos, y que estos se levanten de las cosas de la tierra, y suban à el Cielo.

Levantado en alto el Santo Madero con el Divino Crucificado, nos està enseñando el camino para

llegar à su Magestad, que es la Santa Cruz, pues aunque su Magestad Santissima quedó en el ayre, su Cruz en que estaba se fixò en la tierra para que subieramos por ella. Y guardemonos de que nos coja la muerte en la tierra, y sin aver subido con Christo JESUS por su Cruz, porque su Magestad nos diò este exemplo de morir levantado de la tierra, y de modo, que no era posible tocarle, para que à su imitacion hagamos lo mismo, que olvidemos, y despreciemos todas las cosas de esta vida, y à nosotros mismos. Esto lo conseguiremos con la oracion, y meditacion, que es la que abre los ojos para conocer las verdades divinas, y dàr defengano de lo que son las cosas terrenas. En el titulo que en lo alto de la Cruz fuè puesto de modo que todos lo entendieran: *JESUS Nazareno Rey de los Judios*, nos diò el Señor à entender, que en la Cruz reynamos, mas que mas padezcamos, y nos deshonren, y nos hallemos solos, desnudos, y afligidos, ay reynamos, y todos lo entienden. Aunque ay quien quiera quitar el titulo à la Cruz, pero no lo consiguen. Digan que la pobreza es vituperio, que es cordedad de animo perdonar injurias, &c. Ellos, y todos entienden, que es lo mejor, y que el que lo sufre reyna sobre si en el Reyno de la Cruz, sino que la soberbia aborrece este titulo, y quisiera borrarlo; pero se estará fixo, y ninguno será poderoso para quitarlo. Las vestidoras del Señor Dios, fueron partidas en quatro partes: Nosotros nos hemos de desnudar de nosotros mismos, de modo, que no bolvamos à vestirnos, y esto será darnos enteros à el Señor. Tampoco hemos de dividir las obras que hacemos por su Magestad, queriendo recibir honra, alabanza, ò gusto. No, dexemos entera para Dios la obra que por su amor hacemos.

Dixò el Señor à mi alma en este passo de su Crucifi-

xion: Mira, mira mis pies clavados, y mira los pies de los Christianos con preciosas evillas en el mismo lugar en que Yo tengo los clavos; mira mis manos clavadas, las tuyas adornadas con anillos. O Señor pacientísimo, quanto nos sufres! Desde este dia pido con toda mi alma à Dios les dè. à todos aborrecimiento à las vestiduras profanas: Mucho desagravan à su Magestad Divina. Aviamos de imitar à el Cielo, que viendo à su Señor desnudo, se vistió de sombras, como que tenia verguenza de lucir la gala de sus luces à vista de su Criador desnudo. Pero yo quisiera, que si quiera imitáramos à la tierra, y las piedras, pues tanto sentimiento mostraron de la Muerte de su Hacedor; pero como sea para lo bueno, ni à la tierra imitamos con ser terrenos. Harto dolor es, y muy para llorado, que en esto se nos aventajen todas las criaturas, aviendo sido la Muerte del comun Señor de todas por nosotros. O dureza del corazon, que te adelantas à la de las piedras!

En la primera palabra, que el Señor habló en la Cruz con su Eterno Padre, rogando por los que le daban la Muerte con tantas circunstancias dolorosas, y muy para sentir, procurando quanto podian agravar su pena, y dolor, mofando de su Soberana Magestad, fuè un clarísimo testimonio de la charidad que ardia en su Divino Pecho para con los hombres. No solo pidió por ellos, sino que los disculpò: *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* No sé como esta palabra no deshace nuestros corazones de ternura, y amor, y mas que se estendió à todos los Pecadores, y en virtud de esta petición son muchísimos los que han conseguido perdon de sus pecados, que así me lo dió el Señor à entender en otra ocasion. Y debemos imitar à nuestro Divino Maestro, no solo perdonando à nue-

tros enemigos, sino no dando queja de ellos, que resultan muchos daños, antes si hemos de hacer lo que nuestro amado, disculparlos, y ofrecer à Dios por ellos lo mismo que nos hacen padecer. Ojalá tomemos esta medida, que nos hará parecidos à nuestro Divinísimo Maestro.

No mostrò menos el Señor su ardentísima charidad, y el deseo que tiene de que todos participemos del Reyno, y la facilidad con que lo concede en la respuesta que dió à el feliz, y dichoso Ladron San Dimas: *Oy serás conmigo en el Parayso.* Como Santo afortunado, y bienaventurado, mereciste oír el primero en el Mundo esta palabra tan deseada de todos los Santos Padres, que por tantos siglos esperaron en el seno de Abraham oírta, con otra palabra, con un *Memento mei?* Bendita sea la infinita Bondad de Dios. O, y como se conoce su amor, y la eficacia de sus infinitos merecimientos! La medida que hemos de tomar, es una gran fé, y confianza en Dios nuestro Señor, y en los infinitos merecimientos de la Passion, y Muerte de Jesu-Christo nuestro Redemptor. Y aunque es justo, y debido buscar con tiempo el Reyno de los Cielos; pero si à alguno acaéciera hallarse con la muerte à los ojos, y las manos vacias, y el corazon cargado de pecados, no debe desconfiar por ninguna manera, sino aprovecharse de los instantes que le restan, y aunque no pueda decir mas que una palabra, que sea un *Peque Señor,* con verdadero dolor, y arrepentimiento de aver ofendido à Dios solo por ser quien es. Si esto hace, sucederale lo que à S. Dimas, que en un instante ganó el Cielo, y fuè Santo, y predicó à su compañero, dió buen exemplo confesando à Jesu-Christo por Innocente, bolvió por su honra, que con tanto cuidado procuraban quitarle sus enemigos. Si San Dimas

hubiera dicho lo que algunos desdichados, que los dexen á el Infierno, que yá no es tiempo de buscar á Dios, que para ellos no ay misericordia, no hubiera logrado tan felices instantes. Tanto te piden, alma, que no quieres exponerte á tan corto trabajo, siquiera por evitar un Infierno, que no tiene fin? Estás haciendo por tu salud sin esperanza de sanar, y sin fé de que tienen eficacia para levantarte tantas diligencias, y quizá medicamentos crueles, y llamas quantos Medicos puedes, y para la salud eterna de tu alma no harás los remedios faciles de confesarte, de dolerte, y arrepentirte, sabiendo con certeza de fé, que tienen eficacia para salvarte? Y no llamarás un Confessor sabio, y prudente, que irá con mas gusto, y deseo de tu bien, que aun el que tú puedes tener, con esperanza cierta de que te dará medicina, que te levante del abyssmo del Infierno para donde caminas? Ea, no seamos necios, logremos, logremos el tiempo que nos queda, que Jesu-Christo siempre es uno, y el valor, y precio de su Sangre permanece, y permanecerá para siempre, y si infinitos fueran nuestros pecados, superabundante infinitamente es el valor infinito de la Sangre de Jesu-Christo á todos los infinitos de los pecados. Mirémos que sola la desconfianza es la que no tiene remedio, porque cierra las puertas de la misericordia. Confíemos en Dios todo bondad, todo misericordia, y piedad.

Como el Divino Pecho de nuestro amantísimo Salvador era un volcan de incendios de charidad, todas sus palabras salían como ardientes llamas, manifestando el divino incendio. Habló, y dixo la tercera palabra: *Sed tengo*. Esta sed mysteriosa entendí ser causada del amor de Christo nuestra vida á sus redimidos. Sed tenía, pero de almas, sed del bien de todas aquellas, que con su ciencia infinita, conocia que se

avian

avian de perder. Le ocasionaron la sed, que le atormentó mas que todos los tormentos que avia padecido, pues ninguno le hizo abrir la boca para la quexa, sino el tormento de esta sed. O Señor, razon tienes de quexarte! No ay dolor que á este le iguale! Ojalá mil veces, ojalá pudiera darte el alivio que deseas, pues el manifestar tu pena es para que oyendola, todos corran á refrigerartela, esto es, que todos procuremos la salvacion propria, y la de nuestros hermanos, para aliviarte la sed. Ninguno tiene disculpa de no darte este refrigerio, todos, todos pueden, unos con la Predicacion; otros con las confesiones, y amonestaciones; otros con ayudar, y dár limosnas á los Conventos, y Misioneros; otros con las Armas, y Soldados ayudar á adelantar, y á aumentar la Iglesia Santa quando es conveniente, y necesario; otros con penitencias, y todos todos con oraciones. O si pudiera, Bien mio, saciar tu sed con traerte todas las Naciones, y Generaciones. Dichosa fuera yo si á costa de indecibles tormentos pudiera reducir á todos á que te confesaran, sirvieran, y amaran: Mas ay de mi, que el alivio que te dan es hiel amarguísima en significacion de las muchas almas que se avian de perder! O MARIA Santísima Señora Dolorosísima, Reyna de los Martyres, y de mayor, y mas excelente martyrio, que el de todos juntos los que asistían á el pie de la Cruz, como heriría sin piedad alguna tu tierno, y amante Corazon esta sed, y quexa amorosa de tu Hijo benditísimo, y el ver en sus suavísimos, y dulces labios la Esponja de azéto, que le ofrecían? O Madre piadosísima, como le pediste que no la bebiera, porque tú avias de aliviar su sed, alcanzando con tus lagrymas, y ruegos la salvacion de innumerables Peca-dores! Pide Madre, pide Reyna, y Señora, pidele á tu

Hijo

Hijo por la salvacion de las almas. Mira, Señora, la necesidad que tenemos de tus piedades, y acuerdate, que en esta ocasion descansó el corazón amoroso de JESUS tu Hijo, diciendote: *Muger, Vés ay à tu hijo*, y al Discipulo amado San Juan: *Vés ay à tu Madre*, como si dixera: Ay te los encomiendo para que como à hijos los cuides, y procures que se aprovechen de mi Sangre. Siempre, Señora, se ha experimentado en la Iglesia de Dios lo que pueden tus ruegos, y los casi infinitos beneficios, que por tu mano dispensa el Altísimo: Pues Señora, buelve à nosotros estos tus ojos llorosos, miranos como Madre benigna, y piadosa, alcanzanos de tu Hijo el remedio de las almas por el dolor agudísimo, que passó tu Corazon, y Entrañas. La entrega de nosotros te hizo. Y tú glorioso, y dichoso hijo de MARIA Purísima, pues en tu cabeza fuimos todos señalados por hijos suyos, alcanzanos que procedamos en esta filiacion como tú, amando, respectando, sirviendo, y valiendonos de tal Madre, para que merezcamos su poderoso patrocinio, y amparo, ahora, y siempre, y en la hora de nuestra muerte. Nuestro Señor en darnos à su Madre, qué hizo? Nos dió todo su amor, y la prenda que mas amaba. Yà se nos avia dado à sí mismo, nos avia dado à su Padre enseñandonos à decir: *Pater noster*, tenía prometido à el Espíritu Santo, y parece que no le sufrió su amor, y así nos dió à su Madre. Pues la medida que hemos de tomar es, que todos nos hemos de dar à JESUS, y todas las cosas, y muy en particular lo que mas amaremos, y estimaremos, lo hemos de ofrecer à su Magestad enteramente, y de todo corazón, sin que nos quede nada. Así sea, JESUS mio, y mi solo amor.

En la palabra que dixo el Señor à su Eterno
Pa-

Padre quejandose, diciendo: *Dios mio, Dios mio, porqué me desamparaste?* Ay dos cosas que notar: la una, que no le dice Padre: y la otra, que parece no habla de presente, sino de preterito, porque no le dice porqué me desamparas, sino porqué me desamparaste: Yo entendí que esta queja fué en quanto Hombre, y que el desamparo de que habla, fué el no aver condescendido con su voluntad en la peticion que le hizo en el Huerto, de que passara de su Magestad el caliz amargo, no de padecer, y morir, que esso era lo que el Hijo Santísimo, y obedientísimo avia deseado toda su vida, sino de que ninguno de sus hermanos se perdiera. Obligóle à dar esta queja, porque era lo que mas le dolía, y atormentaba su Anima Santísima. O reprobos, lo que atormentasteis à JESUS! Lo que lastimasteis el Corazon de MARIA Santísima! Y aveis sido instrumento de martyrio para todas las almas amadoras de JESUS! Que nada os mueva para solicitar vuestro remedio, siendoos tan facil el conseguirlo! O voluntad humana, que si no quieres tu remedio, nada te vale! Es fuerza quieras el bien para tenerlo, y este no lo quieres? Muevate el ver à tu Redemptor con tanta pena, porqué le cierras la puerta de tu corazón, y no le dexas entrar à lavarte con su Sangre? Es posible, que siendo para ti el bien, te niegues à recibirlo, estandotelo ofreciendo con tanto amor tu Padre, tu Maestro, tu Hermano, tu Redemptor, tu Dios? Si una persona que tú amas, te ofrece una purga amarga, no te niegas à tomarla? Pues qué ceguedad es esta? Que no admities un Reyno eterno, y una gloria, que no tiene fin, una suavidad, y dulzura, que no ay en la tierra à que comparartela, librandote de un fuego abrasador de un Infierno lleno de tormentos, que durará para siempre, para siempre sin fin. Pero mas que
todo